

corazón un voto de gracias á todos los gremios, que tan generosa y eficazmente dieron su valiosa ayuda para que se celebraran con tanto esplendor las fiestas júbilares, y á la vez los felicita, porque han dado una prueba muy elocuente de que aman sinceramente á la Inmaculada Madre de Dios.

Instituto Sollano

Este Establecimiento que está bajo la protección de la Madre Santísima de la Luz, que en la parte blanca de su tricolor bandera ostenta la hermosísima imagen de la Purísima Concepción y cuya dirección y magisterio depende de los Hermanitos de María, no podía permanecer simple espectador de los festejos marianos que en esta ciudad se celebraban con motivo del Quincuagésimo Aniversario de la definición dogmática; así es que, en conformidad con el caracter del Plantel, profesores y alumnos á impulsos del amor que tienen á su Patrona, á su Reina y á su tierna Madre, se unieron para festejar, cuanto dable les fuera, el privilegio más grande y más atractivo de la Sma. Virgen María. A este fin organizaron una variada y suntuosísima velada que tuvo lugar el 12 de diciembre y para la cual repartieron elegantes invitaciones que contenían un programa muy sugestivo.

El salón, improvisado en el primer patio del Instituto, tenía un aspecto delicioso: la Imagen de la

Purísima colocada sobre sencillo pero elegante altar, era lo primero que se veía al entrar, pues dicho altar estaba erigido al costado oriente del patio y frente á la puerta principal. El foro cuyas decoraciones todas son debidas al pincel del Hermano Enrique, quedó levantado al costado norte y frente á él el trono de la presidencia. Angeles, artísticos escudos, símbolos de las principales virtudes de María, pintados en grandes lienzos, letreros con vivas y alabanzas á la Purísima Madre de Dios y otras varias composturas, distribuidas con arte, formaban el adorno del entoldado salón, el cual, volvemos á decir, tenía un aspecto delicioso.

A las cinco y media de la tarde y ante selecta y elegante concurrencia dió principio la velada, cuyo éxito fué completo y dejó gratísimas impresiones en cuantos tuvimos la dicha de asistir. De tres partes constó la velada de que venimos hablando: literaria, musical y dramática. La primera la desempeñaron los alumnos D. Manuel Madrazo, con una "Salutación," D. Miguel Miranda, A. Gutiérrez, U. Bezaury y E. Araujo, con poesías que recitaron con expedición y sentimiento. La segunda, estuvo á cargo de los alumnos que forman el Orfeón del Instituto, y de una regular orquesta; los primeros ejecutaron con corrección y por lo mismo irreprochablemente dos coros, uno titulado: *Tota pulchra es María*, y el otro: *Oui, je le crois*. En la parte

dramática estuvieron muy felices. De esta, nuestro estimable colega "El Pueblo Católico" se expresa así: "Entre los números del programa perfectamente desempeñados, sobresalió la correcta representación de un drama titulado: "Las Piastras Rojas" en el que se encierran lecciones muy provechosas y el que supieron interpretar fielmente los alumnos, especialmente el que desempeñó el papel de protagonista, el joven D. Juan de la Parra."

Una vez más nuestras calurosas felicitaciones al Hermano Enrique y á sus dignos colaboradores, á quienes auguramos prosperidad y abundante cosecha de ópimos frutos, mientras sean fieles en el amor á María y trabajen, como hasta aquí, en enamorar de la Purísima Virgen de Sión á la tierna niñez y á la juventud confiadas por nuestra sociedad á sus constantes desvelos.

El Seminario

Además de la parte importantísima que este ilustre Plantel tomó en las fiestas jubilaes, como lo notarán ya nuestros lectores al pasar su vista sobre lo que hemos dicho de los cultos tenidos en Ntra. Catedral, y de la Velada literaria musical con que terminaron los grandes festejos del 8 de diciembre, quizo, siendo fiel á sus gloriosos antecedentes, celebrar este año, con más suntuosidad que los anteriores, la fiesta de su Augusta Patrona, La Purísima Concepción, el 15 del mis-

mo mes, según lo tiene de costumbre. En tal virtud se pidieron á México 12 hermosísimos ramos de metal que imitaban otras tantas plantas de lirios, emblemas bastante expresivos de la pureza de María los cuales constituían, el día de la fiesta, el principal adorno del Altar; además se organizaron los siguientes actos religiosos: Un solemne novenario en el cual después del Rosario, cuyos misterios cantaban los alumnos, y de rezar la novena, el Sr. Rector predicaba una tierna y edificante plática; siguiendo inmediatamente el canto de la *Salve* y de la *Letanía lauretanea*. Unos maitines, que tuvieron lugar el día 14 en la Capilla interior, presididos por el Sr. Arcediano D. Andrés Segura y oficiados por el Orfeón del Seminario, cuyos miembros cantaron al unísono el invitario, himno, salmos, responsorios y el hermosísimo *Te Deum*. La misa que fué celebrada el día 15 por el Sr. Pbro. Lic. D. José Trinidad Alba y cantada por el mismo Orfeón, bajo la dirección del Sr. Pbro. D. Secundino Briceño, quien como siempre guió con maestría á sus discípulos en la ejecución de la misa á cuatro voces desiguales, compuesta por J. Singenberger *In honorem SS. Cordis Iesu*. El sermón predicado después del Evangelio por el M. R. P. D. Luis Benitez S. J. sobre el texto del Cantar de los Cantares, cap. IV, v. 7: *Tota pulchra es amica mea et macula non est in te*, que la Iglesia aplica á la Sma.

Virgen María. En él consideró dicho Sr. con cuanta propiedad podían dirigir las palabras citadas á María cada una de las tres divinas Personas; y como en estas fiestas jubilaes podía hacer lo mismo toda la Iglesia. En la confirmación habló con mucho acierto y particular unción de la hermosura y belleza del alma de María, cuyo principio y aurora fué la Inmaculada Concepción: hermosura que se comenzó por la plenitud de gracia santificante y dones infusos; se perfeccionó por la belleza de todas las virtudes; y se consumó por la belleza de la gloria que la corona en el cielo.

Excusado es decir que en este día todos los seminaristas comulgaron, pues sabido es que en todas las fiestas religiosas que el Seminario hace lo que más pide á sus alumnos es, que purifiquen sus conciencias y alimenten sus almas con el Pan Eucarístico.

En la noche y después del rezo del Smo. Rosario, que fué solemnizado del mejor modo posible, se organizó la procesión de Jesús Sacramentado. A este fin fueron previamente adornados los corredores con cortinas y diversas clases de colgaduras, y se improvisaron sencillos altares suficientemente engalanados, para que sobre ellos descansara la Custodia, en que por nuestro amor, se escondía bajo los velos eucarísticos el más puro de los hombres, engendrado por la más pura de las vírgenes.

Fué Ntro. Ilmo. Prelado quien se dignó precidir la procesión, llevando en sus manos el augusto Sacramento y siendo asistido por los Sres. Pbro. D. Marino de J. Correa y D. Luis Benitez.

¡Qué bella, qué sublime, qué arrebatadora es esta Seremonia en el Seminario! Como consuela ver á tantos niños, á tantos jóvenes y á tantos levitas agruparse en torno de Jesucristo! Cuantas risueñas esperanzas hacen concebir, esos grupos, de entre los cuales han de salir los que lleven el fuego que Jesús vino á encender á la tierra! Ojalá y en Ntro. Seminario sea siempre María Inmaculada Reina que domine en los corazones! Ojalá y nuestros seminaristas sean, por la pureza de sus costumbres, hijos muy dignos de tan Sta. Madre!

NUESTRO CONSUELO.

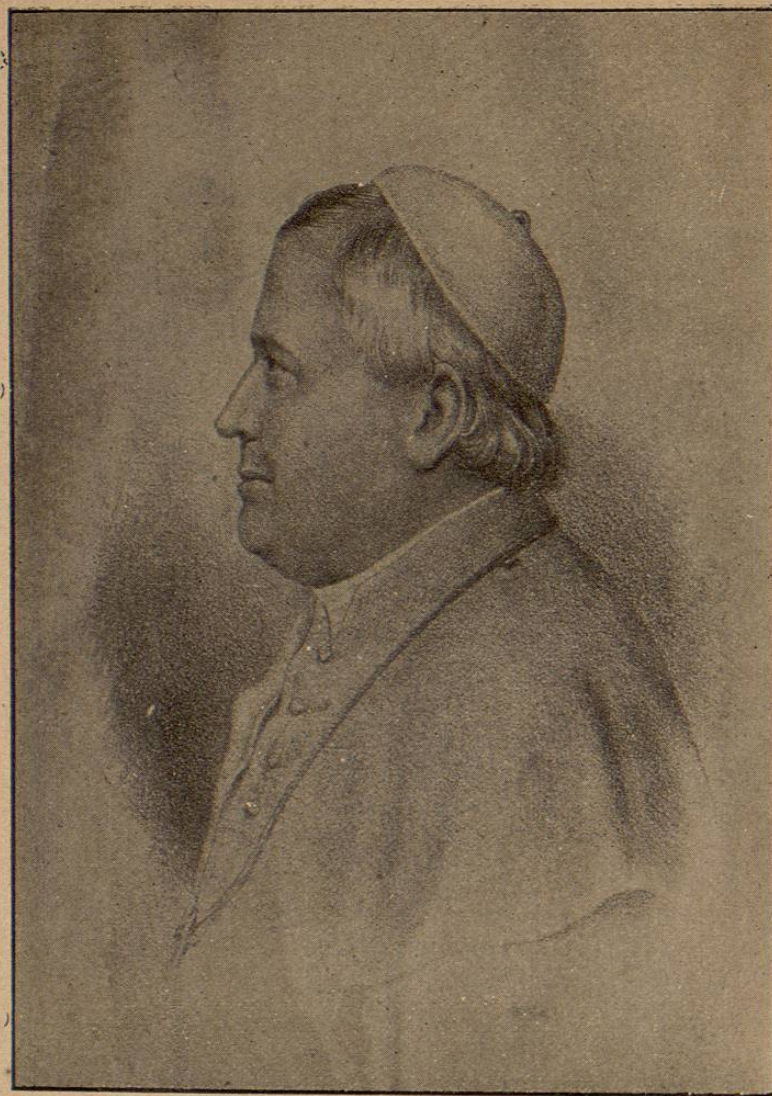
Al llegar al término de nuestros trabajos y echar una ojeada sobre el conjunto de los festejos que se hicieron para honrar la Concepción Inmaculada de María, durante el año jubilar y mucho más en el mes de diciembre, sentimos un gran regocijo y una dulce al par que legítima satisfacción. Todos han honrado á María: el obrero que derrama gota á gota el sudor de su rostro por el rudo trabajo del taller; el pintor que transmite al lienzo, con los colores de su paleta, los cuadros de la naturaleza; el poeta que arran-

ca á su templada lira notas cadenciosas llenas de vivos sentimientos; el músico que combinando los sonidos llora, rie, gime ó canta y hace sentir dulces y variadas emociones; el científico que retirado á su gabinete busca silencioso y anhelante la verdad, elaborando largos y profundos raciocinios; todos trajeron, suspirando de amor, palpitando de entusiasmo, sus obsequios preparados para la Virgen de toda pureza, para la Reina de toda majestad, para la Madre de toda ternura y bondad. Ante el Altar de esa incomparable mujer nadie ha faltado. La industria, el comercio, la banca, la agricultura, la ciencia, la religión, todos, moviéndose en su propia esfera, han traído su contingente, han desplegado sus energías, han afrontado sus elementos vitales á fin de que fueran, cual debían ser, las fiestas de la Inmaculada. Los niños trajeron su candor, las damas su modestia, las matronas su recato, los jóvenes su entusiasmo, los hombres sus energías, los ancianos los últimos crepúsculos de su casi extinguida existencia. Nadie quizo ser ingrato á María, porque no hay alguno á quien no hayan llegado los igneos rayos de su inmenso amor.

Todo nos consuela, porque como dice el actual soberano Pontífice el Sr. Pío X, el acudir los fieles en gran número á los templos, el celebrarse pomposas solemnidades, el entregarse á regocijos públicos, y lo mismo se puede decir de los demás obsequios exteriores, todo

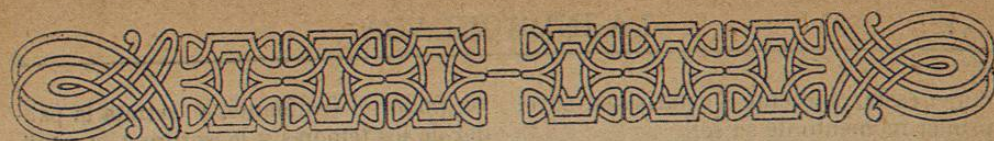
contribuye no poco á alimentar la fe y por lo mismo á la mutua edificación. Pero no es lo anterior lo que constituye la parte principal de nuestro consuelo, pues bien sabemos que no basta para agradar á María. Si á esos actos externos no hubieran estado unido el obsequio de la voluntad, mas que consuelo, tendríamos honda amargura; porque, en tal caso, solo habríamos llevado á los pies de María, apariencias de religión, viendo lo cual la Sma. Virgen, se hubiera quejado de nosotros diciéndonos aquellas palabras de Cristo: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.*

Así es que, nuestro consuelo principalmente lo causa el empeño con que millares de fieles acudian á escuchar la divina palabra, la cual es antorcha para los pies de los hombres y luz para sus sendas; la avidez con que buscaban reconciliarse con su Dios, mediante el Sacramento de la Penitencia, que parecía que usurpaban las palabras del salmista y decían: *A la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te desea el alma mía, ó Dios;* la multitud de comuniones que se efectuaron el día 8, desde las primeras horas de la mañana, hasta muy tarde, no solo en Ntra. Catedral, si que también en las parroquias, en todos los templos y en todas las capillas de la ciudad. Esto es lo que nos consuela y nos hace confiadamente esperar las bendiciones del Cielo.



PIO IX.

EGREGIO PONTIFICE QUE DIFINIO DOGMA DE FE LA
INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.



DISCURSO

pronunciado por el Sr. Pbro. D. Angel Martinez,
Secretario de la Sgda. Mitra,
la noche del 8 de Diciembre de 1904.

*Y son tres también los que en la tierra testifi-
can la Concepción Inmaculada de María: el
espíritu, el agua y la sangre; y estos tres son
uno, en la deposición de su testimonio.*

S. Juan, Epist. 1.^a c. 5. v. 8

ILUSTRISIMO SEÑOR:

SEÑORES:

DESPUES de que, en el seno de la estancia nupcial, el héroe de la segunda epopeya homérica, y su esposa, la casta Penélope, vuelven á verse, y terminan por contarse, durante la noche, los malos días y las ilusiones evaporadas de veinte años de ausencia, la mano sin par del ciego cantor de la Odisea sabe encontrar todavía las notas finales é impalpables de aquella conmovedora entrevista, lanzando á la admiración del mundo los siguientes bellísimos versos griegos, torpemente interpretados por nuestra lengua: "La aurora, al derramar por el cielo sus resplandecientes rayos, habrialos hallado, entregados aún, á expansiones de gozo acompañadas de amargas memorias,

si Minerva, deteniendo al sol en las aguas del Oceano, no hubiese retardado el tiempo en que, arrastrado por su brillante carrosa, inunda con su diáfana luz á los mortales."

Por incomparables que sean las noches perpetuamente serenas del Asia Menor, á las cuales se transporta en sus cantos el padre de las letras helénicas, ¡qué tenebrosas, Señores, que tristísimas son, junto á la noche solemne de este día, en que la humanidad, después de sesenta siglos de destierro, ha venido á agruparse en torno del inmenso hogar cristiano, para recordar, con labios trémulos de emoción, sus legendarios infortunios, y ensalzar sobre los cielos de los cielos, á la

mujer casta, inocente y purísima, en el primer momento de su ser!

¡Qué noche tan gloriosa la presente, Señores, digna de ser registrada por el dedo de Dios en libro de hojas de diamante; engalanada con nuevos astros, *flores inmortales de luz*, (1) y bañada con lluvias de oro, verdidas sin cesar, de sus nevados y eternos nectarios!

Fieles al eco dilatado de la profecía paradisiaca nos reunimos aquí, al calor de esta deliciosa velada de invierno, como *las águilas, de las destruidas ciudades de Tiro y Sidón, acuden á la cita del Profeta*, (2) para presenciar el cumplimiento de la promesa caída de los labios excelsos; como se juntan las congregaciones de las aguas, para testimoniar con estruendos de catarata la Concepción Inmaculada de María, y como mártires de la fe, dispuestos á atestiguar con los clamores de su sangre, con todas sus oleadas enardecidas de púrpura, la verdad sobre el estado primitivo de nuestra justicia, y la transmisión de la culpa á la raza humana.

I.

El Adán individuo ha muerto, Señores, muerto á los novecientos treinta años de edad; pero el Adán colectivo, el Adán especie, el Adán humanidad vive en nosotros, ha vivido con nuestros antepasados, y vivirá en el transcurso de siglos indefinidos con nuestros pósteros.

Una sola gota de sangre es la base viva de cien generaciones: la que corre inflamada por mis venas, circuló encendida por las de mis abuelos, alimentó las de mis aborígenes, sobrenadó en las aguas de la anegación universal, y por medio de ocultos vasos orgánicos, y á través de épocas solamente nombradas en la historia, comenzó sus constantes revoluciones en las del primer ejemplar de nuestra raza. Esta sangre, pues, Señores, que colorea de sua-

(1) Basili in Hexameron, hom. VI. c. 1.

(2) Conferencias de Lacordaire, predicadas en Ntra. Sra. de París.

ve pudor el semblante, y retrata la palidez de los temores y la sorpresa, y erumpe á hervores de pasión caldeada por el fuego de la concupiscencia, y blanda y sosegada discurre por no miradas vías bajo el imperio de la tranquilidad y de la paz; es la misma, Señores, que sintió el sobresalto de la primera celada, y enrojeció el rostro con la primera vergüenza, y experimentó la fiebre aguda de los primeros reprobados apetitos, y fué oreada por las auras refrigerantes y bienhechoras de la primera felicidad.

Es también de la misma que hizo brotar el Espíritu Santo del corazón de la Virgen-Madre para formar el cuerpo sagrado de Jesús, y enteramente igual á la que ella recibió en el momento de ser concebida; con la única salvedad, de que, en seres como estos, hechuras milagrosas de la naturaleza y de la gracia, la sangre no padece las tempestades desordenadas del amor, ni prueba las hieles envejecidas del odio, ni "los miedos veladores" (1) de la avaricia, ni los resquemores mordaces de la envidia, ni la demente vanidad de la soberbia.

A pesar de las densas y palpables tinieblas del mundo pagano, el gentilismo alcanzó á entrever algunos fulgores de esta verdad, merced al cerebro poderoso de sus filósofos y á la instantánea y profunda intuición del genio de sus poetas: "Al alcanzar el hijo indómito de Tideo, canta Homero, á una de las divinidades que no presiden los combates de los hombres, le arroja su lanza, y el hierro penetrando por entre el velo divino que tejieron las gracias, hiérela ligeramente en la mano. Al punto corre la sangre inmortal de la deidad; puro vapor, pues así es la de los dioses afortunados que no se alimentan con los frutos de Ceres, ni con el teñido licor del Dios de la vendimia; por esto es su sangre incorruptible, y ellos inmortales."

(1) S. Juan de la Cruz, Cántico Espiritual.

Señores: la Virgen verdaderamente inmortal, exenta al finalizar su vida de la corrupción y miserias del sepulcro, no debía con mayoría de razón, ni siquiera podía por imposible, ser condenada á las miserias y corrupciones infinitamente más temibles por degradantes del alma, en el primer albor de su existencia.

¡Así lo asegura la voz de la sangre!

II.

El agua es la sangre de la tierra, sus arterias los ríos, su corazón el mar; el mar, Señores, tan estrechamente ligado á los cataclismos de la naturaleza, como la sangre á las catástrofes del corazón: el corazón y el mar son hijos de una sola palabra; prorrumpen á hablar idéntico lenguaje, y caracterizan su pronunciación de acento en nada diverso: el mar ocurre al corazón para significar su cólera, y aprende allí el sonido hirviente de su espumoso oleaje; el corazón ocurre al mar para expresar su apacible calma, y se acuerda luego, sin saber por qué, de magníficas y regaladas bonanzas.

La periódica elevación y depresión de las aguas del mar, regulariza permanentemente la marea; las contracciones y dilataciones del corazón y las arterias, constituyen esencialmente el latido: las mareas son, por tanto, gigantescos latidos del corazón del mar, y los latidos, mareas embriagadoras del mar del corazón.

La fuerza de impulsión de la sangre, va de aumento en aumento, á cada espiración; el poder de las olas surge y se desarrolla cada vez más, al soplo invisible de los vientos: es, pues, el viento la vida, [1] el amor perenne del mar, y el amor en su último grado no es "habla, ni canto, ni grito, sino soplo ardiente del alma en que se exhala el corazón todo entero." (2)

[1] Entendemos que el *Mar Muerto* se llama así, por carecer de movimiento.

[2] Abelardo, Introducción Lib. I, citado por Monsabré.

"La intumescencia de las aguas marinas, en las extensiones oceánicas del hemisferio austral, produce una onda inconmensurable, fuente del movimiento en nuestras mareas;" (1) y "la dilatación de las tunicas arteriales, ocasionada por la onda sanguínea venida del corazón, origina el fenómeno conocido con el nombre de pulso;" (2) cuando el movimiento, aunque acelerado, es débil, en razón del frío de los años, ó de la proximidad de los puntos extremos de la esfera terrestre, la cabeza del hombre se cubre de hebras de plata, y el océano prende á su verdinegra cabellera las tocas blanquísimas de las nieves polares; y, por fin, cuando el movimiento de la sangre ó del agua, cesa, los miembros del cuerpo mueren, y el desierto se incorpora, extendiendo miradas de esterilidad sobre todos los campos.

Hermanos inseparables desde la infancia de los tiempos, el corazón y el mar pasan enlazadas las manos, contándose sus vicisitudes, comunicándose sus alegrías y vengándose sus agravios.

Cuando la sangre fué viciada, y toda carne corrompió sus caminos, el agua, para lavarla, soltó los torrentes del cielo, é hizo saltar de su lecho los mares de la tierra, ahogando á la gente prevaricadora; pero cuando presintió la existencia de sangre purísima, dejó cabalgar sobre sus espaldas, húmedas é inquietas, ya que no la realidad, á lo menos su figura, y después se abrió en dos mitades ofreciendo paso libre á el Arca de la Alianza, símbolo perfecto de la Madre inmaculada.

El poder alterado de las aguas, ha sido bellamente descrito por Homero.

En el canto vigésimo de la Iliada, á tiempo que los dioses se disponen á tomar parte en la gran batalla de griegos y troyanos, y Júpiter hace resonar el trueno formidable en las celestes alturas, Neptuno, dice al poeta, sacude la inmensa tie-

[1] Eduardo Benot.—En el Umbral de las Ciencias.

[2] J. Langlebert. Historia Natural.

rra desde sus cimientos hasta la cima de los montes más levantados; el Ida con sus inúmeras fuentes; las torres de Troya y las naves de los griegos se agitan y bambolean. Plutón, rey de los infiernos, palidece, baja presuroso de su trono, y grita.....temeroso de que Neptuno, hundiendo y quebrantando la conmovida tierra, descubra á los dioses y á los hombres aquella triste y desolada mansión que no pueden ver sin horror los inmortales mismos.

Este cuadro, donde Neptuno personifica las fuerzas irritadas del mar, tiene tanta sublimidad que es casi imposible para la mente humana, no digo sobrepujarlo, pero ni igualarlo siquiera. Mas el otro, en que la figura de una mujer aparece, sobre la inmensidad de los mares, sostenida en alto por las palmas del abismo; en que las congregaciones de las aguas reconocen más tarde no poder servirle de peana, y desatan contra naturalmente su fuerza de cohesión, y se dividen en dos acumuladas y móviles murallas, como en el tránsito del Mar Rojo, ó en que, de un lado se tienden para venerarla con sumiso reconocimiento, y de otro se amontonan en borrascosa eminencia líquida que no se atreve á rebasar una línea, ni á tocar una sola pulgada del camino de la mujer prefigurada en el Arca de la Alianza; este cuadro, en que los mares de iniquidad se cortan, para dejar libre de culpa el paso de María, desde su aparición en la tierra hasta su desaparición del mundo; este cuadro, Señores, por más que yo no tenga el pincel de Apeles, ni el maravilloso cincel de Fidias, ni la garganta de oro del cantor de la Iliada, sino la ruda boca de un simple sacerdote cristiano, con sus labios abiertos, eso sí, no para relatar los ensueños de rosa de la fábula, sino para enseñar la verdad á los pueblos; este cuadro, escuchadlo, es sencillamente divino, porque solamente ha sido bosquejado por los trazos sapientísimos de la ciencia infinita del Hacedor.

III.

Es también la humanidad un mar: gota de agua ó de sangre suspendida del hilo de la primera existencia humana, fué cayendo multiplicada de generación en generación, semejante á la piedrecilla de Daniel, desgajada de la cumbre de un monte, convertida al llegar á la falda en una montaña y extendida luego como alfombra de rocas sobre la redondez de la tierra.

El agua y la sangre dan testimonio de la Concepción Inmaculada de María; lo rendirá asimismo elocuente y clarísimo la humanidad, diré mejor, el espíritu? [1]

Sería la hora de sexta, *ad auram post meridiem*, hora en que la sombra huye rápidamente hacia el orto del sol, y la luz, en sentido contrario, corre apresurada á sepultarse en el ocaso, cuando comparecen ante el tribunal supremo los interlocutores del pavoroso diálogo que se había iniciado por el poder destructor de una pregunta: "¿porqué os mandó Dios que no comieseis de todos los frutos del paraíso?"; se había desarrollado al abrigo de la duda: "por temor de que tal vez muramos," y tocado á su término por la negación absoluta: "de ninguna manera morireis," y con la comida del fruto vedado: "et comedit, y comió."—¿Porqué hiciste esto?—Adán imputó la culpa á su compañera; Eva declinó la responsabilidad en la serpiente, y el juez pronunció inexorable la sentencia concluyendo con dirigir á la serpiente estas palabras solemnes: "enemistades trabaré entre tí y la mujer; entre su descendencia y la tuya; y al peso de su calcáñar será mobi-

[1] No ha faltado quien sostenga que S. Juan, el discípulo amado, el águila de los Evangelistas, el representante de la humanidad en el Calvario, se designa á sí propio (y de consiguiente á nosotros) bajo la palabra *espíritu* en el texto: *tres son los que dan testimonio en la tierra, etc.*; pero la opinión común de los exégetas es la que seguimos, y por esta razón nos desentendemos de la anteriormente indicada y corregimos según aparece en la cláusula, objeto de la presente nota

da tu cabeza." El desenlace del terrible drama había sido, después de todo, una misteriosa mujer. Ahí estaba de pie sobre las ruinas del universo, como pirámide egipcia á la entrada del desierto; ahí se elevaba en esperanza sobre la desolación de la desolación, aplastando la cabeza de la serpiente; ahí se aparecía en el Eden; se mostraba en su arbolado; paseaba sobre su suelo, algo como la visión lejana de un profeta, como el fantasma impalpable de un ser extraterreno, como idea grandiosa sin la plástica vestidura de la encarnación, como sombra de una realidad escondida tras los velos de lo porvenir, eso principalmente, sombra de realidad, sombra de mujer subida á la plenitud de los tiempos, encumbrada sobre la colina del espacio, exaltada sobre todos los collados y con su manto extendido de un cabo al otro de la tierra,.....; María.....Señores, al pie de la cruz, eso era aquella mujer aparecida como visión, mostrada cual fastasma, entrevistada como idea, y proyectada como sombra! La humanidad caída, sin saber á donde convertir sus miradas, ni á quien tenderle sus brazos, ni qué nombre invocar en sus dolores, abrazó á aquella mujer como á su salvación y su consuelo. Desde entónces no tuvo otro pensamiento que María: en todas partes miraba aquella visión; por todo ambiente flotaba aquella idea; en todas las criaturas quería encontra aquella sombra.

Para la ingenua sencillez pastoril, algún parecido ostentaba la espigadora Ruth, ó con más propiedad, á causa de conservarse mejor entre los israelitas que en las demás naciones la tradición universal, era Rebeca, con su ánfora de agua cargada sobre el hombro; para el magistrado de plegada toga, era Témis ó Débora, con el fiel intorcible de la justicia suspendido de la diestra; para el guerrero de esforzado aliento, era la Virgen de fulgente casco, ó la esplendente Judith, de pulsos sin intermitencia, de músculos sin contracción, ardiendo en una mano la espada, despojo

del vencido, y colgando de la otra, la segada cabeza del general asirio; para el cortesano de distinguidas maneras y para el rey, caudillo de los pueblos, era Esther de corazón y de miradas que arrebataron las miradas y el corazón de la corte y del monarca persas; para los niños tronchados á los primeros brotes de la vida inteligente, era la sensible Raquel que alzaba la voz bañada de lágrimas, porque los suyos ya no son; para los cadáveres de insepultos huesos, era Re-sa, esposa de Saúl, mujer trágica y sombría, cuyo intenso dolor ha sonreído quizá desde su altura, cuando el dolor materno hace el último esfuerzo por llegar á su pedestal; para los desgraciados sobre cuya frente descarga el cielo sus rayos, y de cuyos pies huye la tierra rehuyendo sostenerlos por su perversidad, era la prudentísima Abigaíl de súplicas omnipotentes ante los ungidos del Señor; para el Sacerdocio, era Arca de la Alianza; para el vidente, principio de sus profecías; unas veces, flor; otras, nube; tierra, cielo, todo, todo hablaba de Ella: el idioma ó dialecto de todas las razas; los ritos y ceremonias hieráticas de todas las religiones; los monumentos de todo el globo. El padre la infundía en el corazón de su hijo; el anciano numeraba con dedos temblorosos los años que faltaban para verla; la esteril la lloraba sobre el infecundo manantial de su seno, y la madre la besaba en el semblante querido de su pequeñuelo. Era la luz de sus pupilas; la aspiración de sus anhelos; el latido de su sangre; la palabra de sus labios; el agua de su sed: aquella visión los confortaba; aquella sombra los cubría; la figura misteriosa de aquella mujer enjugaba su llanto, lloraba con sus lágrimas, gemía con sus lamentos, se estremecía de gozo con sus dichas y bajaba con ellos abrazada hasta el sepulcro. La humanidad de entónces exclamaba al morir como Job: llevo guardada ésta esperanza en el fondo de mi pecho. Así pasaron los largos días de la ley natural; así transcurrieron las edades prolongadas de la ley escrita, y así se aproximaron las felices de